

carolina lozano

taibhse

(aparición)

*Están ahí,
aunque no
los veamos*



edebé

carolina lozano

ταιβήσε
(aparición)

edebé

Introducción

Si estás leyendo este diario, quiere decir que yo no sigo en el mundo de los vivos. Tiene gracia, porque seguramente sí estaré ahí. Nunca fui una persona aficionada a escribir diarios, pero a raíz de los sucesos que empezaron a desarrollarse en torno a mí, decidí dejar estas notas detalladas para que alguien pudiera saber adónde había ido. O para que los psiquiatras diagnosticaran mejor mi locura, tal vez. No importa. Lo único relevante es que si tú estás leyendo esto, quiere decir que yo no podré volver a escribir.

Necesitarás saber algo más de mí, para que entiendas este sinsentido.

Yo no era una chica diferente a las demás, al menos no de una forma abierta. Pero lo era. Es cierto que «todo el mundo es especial», lo que quiere decir que todos tenemos rarezas, pero en aquel penúltimo año de instituto la sensación de distancia con el resto de la gente, aquella intuición de que no era exactamente igual a los demás, me persiguió hasta acorralarme y asustarme de verdad. Soy diferente, o me estoy volviendo loca definitivamente.

Paso la siguiente página de esta libreta vieja, pero para mi profunda desilusión no encuentro nada más. Tan sólo el testimonio de que el resto de las páginas fueron arrancadas tiempo atrás. Mi gozo en un pozo, qué le vamos a hacer. Me encantan las historias de misterio, y aunque este diario no sea nada más que el delirio de alguien que hace años se aburrió en clase, me hubiese entretenido. Es lo bueno de estudiar en el Royal Dunedin, un antiguo castillo de Edimburgo con amplios jardines siempre oscuros, que se presta a cualquier tipo de fantasía tenebrosa. Suspiro decepcionada y cierro el diario.

En este momento no sé que pronto yo misma dudaré de mi cordura, y que mi vida estará al borde de llegar demasiado pronto a su fin.

Capítulo 1

Liadan

Ignorante de que el destino va a cernirse sobre mí también, guardo la extraña libreta en el cajón de la mesa que el bibliotecario me ha reservado. Con esas breves líneas le he cogido cariño a la escritora, pues yo también soy una chica insólita. En otros tiempos jamás me habría atrevido a decirlo abiertamente, pero ya no me importa: soy por lo menos rara.

Ninguna persona normal de diecisiete años pasaría las tardes supervisando la vieja biblioteca del instituto, ni estudiaría por voluntad propia en sus horas muertas. A mí me hubiese gustado creer que sí existe más gente como yo, pero mis compañeros de clase, con sus miradas incrédulas y el escepticismo que rezuma de sus voces cuando hablan conmigo, echan todas mis esperanzas por tierra. No es que me lleve mal con la gente, simplemente es que me llevo más bien poco, o casi nada. Yo no les intereso mucho a ellos y ellos no me interesan a mí, así que la relación con mis compañeros es cordial, aunque casi inexistente. Salvo algunas excepciones, claro.

Por alguna razón que jamás llegaré a entender, hay chicos que se interesan por mí. Les fascino, creo. No soy fea, tengo que reconocerlo si quiero ser sincera, pero socialmente soy tan gris como el significado de mi nombre irlandés: Liadan, *grey lady*. Sin embargo, a algunos parece que eso les gusta. Supongo que mi indiferencia hace que emerja dentro de ellos el espíritu cazador del macho herido en su ego. Seguramente una vez hubiesen conseguido su premio se habrían olvidado de mí, y yo no soy un trofeo. Por eso no son precisamente los chicos feos los que tratan de superar mi barrera de apatía, sino aquellos que no aceptan que haya alguna chica que no se muera por sus huesos. ¡Pero claro que me muerdo por sus huesos! Como todas. Sólo que mi capacidad de relación social es tan limitada, y soy yo tan consciente de ello que, simplemente, me resigno a permanecer en mi ostracismo particular.

Aun así esta primera excepción a la regla nos lleva directamente a la segunda. «A» entonces «B», diría mi profesor de Filosofía. Porque muchas chicas me odian. No abiertamente, y de hecho creo que con algunas de ellas me hubiese llevado bien en otra situación, pero el caso es que me tienen ojjeriza. ¿Cómo una chica como yo, tan introvertida y tan poco interesante, puede atraer a los chicos populares? Yo también me lo pregunto, y habría preferido que no sucediese a cambio de llevarme bien con las chicas, aunque resulta que mi falta de interés por sus hombres perfectos las enoja más todavía. De todas formas, cualquier solución hubiese levantado igualmente sus iras, y ser extranjera

tampoco me favorece, así que da igual. Estoy condenada y lo acepto; qué remedio.

—Buenas noches, James —le digo al conserje en un gaélico escocés que ya suena casi perfecto, mientras salgo del antiguo edificio del instituto.

—Buenas noches, señorita *Montblaench* —me responde (pocos escoceses son capaces de pronunciar bien mi primer apellido catalán).

Hace dos semanas que empezó el nuevo curso. Como en todo instituto privado y de gran tamaño que se precie, eso conllevó algunas bajas y nuevas incorporaciones, cosa que a mí me trae sin cuidado, por supuesto. De hecho, salvo porque me interesen por algún motivo en concreto, presto muy poca atención a las caras nuevas. Casi tan poca como a las viejas. Prefiero los libros, que son al menos igual de interesantes y más inofensivos.

Por eso este año, el último que voy a pasar en el instituto y en Edimburgo, he aceptado la oferta del director McEnzie de hacerme cargo de la vieja biblioteca del aún más viejo colegio Royal Dunedin. El nombre es tan pomposo como redundante. Dunedin es la forma abreviada de Dùn Èideann, el nombre de Edimburgo en gaélico escocés. A los que estudian aquí les gusta llamarse a sí mismos los *dúnedains*, como si hubiésemos salido de *El señor de los anillos*. De todas formas ser una *dúnedain* es un motivo de orgullo, ya que se trata de uno de los mejores y más prestigiosos institutos de toda Escocia y parte de Gran Bretaña, así que pocos desprecian el apodo.

Me encanta Edimburgo, porque yo no resulto tan llamativa en sus hermosas y antiguas calles. En Barcelona siempre había abreviado mi nombre a Lia, que podía pasar por un nombre casi normal, pero aquí puedo llamarme Liadan y tener el pelo naranja desvaído sin que la gente se fije en mí. Además, hay tanta gente rara en la ciudad, entre góticos, *heavys*, escoceses con falda de cuadros y otros tantos seres pintorescos, que lo difícil es no ser raro. De haber seguido vivos mis padres creo que nunca me habría mudado a Escocia, tal como siempre quiso mi madre, pero tras su muerte cumplí su deseo porque decidí que me iba a ir bien un cambio de aires. Pensé que el ambiente lluvioso, frío y plomizo de Edimburgo se amoldaría mucho más a mi ánimo sombrío que la soleada y tumultuosa Barcelona, tan llena de catalanes joviales e hiperactivos como *hobbits*.

Me mudé aquí hace poco más de un año, cuando mis padres murieron en un accidente de avioneta que los había dejado perdidos en medio del Amazonas; jamás se recuperaron sus cuerpos, ni los de sus becarios. Supongo que podría haberlos llorado más, pero era muy poco el tiempo efectivo que había pasado con ellos y en el que habían ejercido como padres. Ambos eran doctores en Antropología, y eran reputados en lo suyo, por lo que pasaban tan poco tiempo en casa que casi nunca los veía. Añoraba mucho más a la señora Riells, mi abogada y tutora, que a ellos.

Tengo que reconocer que, aunque derramé muchas lágrimas al separarme de la señora Riells, nunca he hecho nada mejor que mudarme a Escocia. Supongo que lo llevo en la sangre, aunque eso también

es una verdad a medias. Mi madre era escocesa, de ahí que yo tenga el pintoresco nombre de Liadan Montblanc Macnair. Pero el cabello naranja pálido y la tez blanquísima y pecosa que he heredado de ella no dejan lugar a dudas: mi herencia materna proviene de los invasores irlandeses que ocuparon Escocia hace más de un milenio. Y puesto que mi madre tenía una límpida mirada azul, es evidente que los ojos completamente negros y las pestañas tupidas los he heredado de mi padre, quien descendía de una familia noble catalana. Éramos los Montblanc, aunque aparte de un buen patrimonio, por suerte ya no teníamos ningún título que nos distinguiera aún más.

—¡Por Dios! —maldigo en castellano cuando abandono el ya de por sí frío vestíbulo de piedra del instituto.

Y es que si a algo no me puedo acostumbrar de mi tierra adoptiva es al frío. Sólo estamos a principios de octubre, pero la gelidez húmeda del viento ya me hace temblar hasta el punto de que me duelen las costillas cada vez que respiro. Miro con envidia a los nativos con los que me cruzo. Algunos llevan tan sólo una chaqueta fina, mientras que yo me estoy congelando dentro de mi abrigo de pura lana escocesa. Me apresuro a dejar atrás el jardín eternamente verde del castillo y las grandes verjas para correr a casa de Aith.

Aithne es una chica estupenda. Es una escocesa del norte, de las vacías y todavía místicas High-

lands. Su familia es rica, muy rica, ya que gana mucho dinero con la lana de sus miles de ovejas. Pero ella es la chica más dulce, desinteresada y generosa de cuantas he conocido nunca. Y su aspecto es simplemente arrebatador. Sus facciones finas, el cabello rubio y brillante, sus ojos de un azul tan claro como su alma y su exquisita y romántica forma de vestir hacen que sea imposible no adorarla. ‘Pequeña llama’ significa su nombre, y así es ella: un rayo de sol en este lugar sombrío. Y yo la quiero, casi desde el primer día en que la conocí hace ya un año. Aith es mi mejor amiga, la única a la que puedo dar ese nombre.

Quince minutos después, resoplando tanto por la carrera como por el frío, llamo al timbre de su casa, situada, como mi hogar adoptivo, en la *Old Town* de la ciudad. Mientras estudie en Edimburgo Aithne vive con sus tíos porque sus padres siguen en el norte, en Inverness. Como sabe que soy yo, le ahorra al ama de llaves el paseo hasta la puerta. Sonríe cuando me abre, y se hace a un lado para dejarme pasar.

—¿Vienes del instituto o de las islas Shetland?

—Muy graciosa —le respondo mientras me quito de encima al menos cinco kilos de ropa entre el abrigo, la bufanda y el suéter—. Te recuerdo que, de donde yo vengo, a estas alturas del año estamos todavía a más de veinte grados, no a menos de cinco.

—Hace más de un año que vives aquí, Liadan

—me recuerda Aith con suavidad mientras una doncella del servicio se lleva mi ropa de abrigo.

—Gracias, Mary —le digo a la doncella; tampoco me acostumbro a que me sirvan así. Me vuelvo hacia Aithne—. Hablando de lugares helados y desiertos. ¿Cómo está Brian?

—Muy bien —me contesta mientras su rostro de ángel se ilumina con una sonrisa.

¡Qué fácil es hacerla feliz!

Brian, su novio, está en la universidad. O más bien en su simulacro de aula al aire libre. Estudia Arqueología y, en un país tan lleno de yacimientos como Escocia, eso significa quedar asignado a un asentamiento casi desde el primer curso. Y Brian, que ha empezado segundo, está ahora en Skara Brae, uno de los yacimientos más importantes de las islas Orcadas, lo que representa estar lejos de Aithne la mayor parte del año. De hecho, ella ya debería estar también en la universidad, pues tiene un año más que yo. Hace dos años, el verano anterior al de mi llegada, el viento arrancó de cuajo una rama en el parque y le golpeó la cabeza. Aith pasó cuatro meses en coma y otros cinco de recuperación en el hospital, con lo que perdió un curso y se ha retrasado un año.

Mientras subimos a su cuarto, me explica todos los pormenores de su última conversación telefónica con Brian; cada tarde, alrededor de las seis, hablan por teléfono largamente. Es una ironía que Aithne sufra, porque la que hubiese tenido que sentirse sola soy yo. Pero después de todo, yo soy una persona ya de por sí solitaria, y Aithne no. Es tan bonito oírle hablar con tanta emoción de su novio,

que tengo la sensación de que a mí se me escapa algo, de que me pierdo algo importante de la vida.

—Te envidio —murmuro cuando llegamos a su gigantesca habitación.

Aith me mira apretando los labios, con algo parecido a la compasión.

—No me envidias. Tú no quieres que un chico ocupe tanto tiempo en tu vida.

Tiene razón. Cambio de tema rápidamente y le recuerdo que aún tenemos que hacer los deberes de matemáticas. Al momento estamos tumbadas en el suelo de su habitación, bien cerca de la chimenea, haciendo cálculos mentales. Sin embargo, a Aith le está costando concentrarse más de lo normal, y tamborilea con el lápiz sobre la alfombra.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando me desconcentra a mí también.

—Esta noche Keir toca en el Red Doors. ¿Vendrás conmigo?

No me hace falta pensarlo mucho. Keir, su primo, tiene dos años más que yo y toca en un grupo. Su música me gusta, y él más. Tiene un parecido al actor Charlie Hunnam que quita el hipo, pero salir de fiesta con Aith me provoca pavor. Todas las miradas y cuidados se centran siempre en ella, y de rebote también en mí. Son más atenciones de las que puedo soportar con entereza.

—Es que no he avisado a Malcom —argumento.

Malcom es para el resto de la gente el profesor McEnzie, el regio director del Royal Dunedin, pero a mí me obliga a llamarlo Malcom, o lo que es peor, tío. La muerte de mi madre, a la que conocía bien, le rompió el corazón y se ha empeñado en conver-

tirse en mi familia mientras viva en su enorme casa y acuda a su elitista instituto.

—Para eso existen los teléfonos, Liadan —me reconviene Aith—. Tendrás que inventarte una excusa mejor.

—¿Soy menor de edad? —pruebo.

—Vamos, Lia —me suplica Aithne—. Ya sabes que me divierto más contigo. Y te lo pasarás bien.

Suspiro. Acabo accediendo, evidentemente; nadie puede negarle nada a Aithne cuando pone esa cara de ángel desvalido. Me abraza, arrugando tanto mis deberes como los suyos, y pasando por alto el hecho de que a mí esos fraternales contactos físicos me incomodan por instinto. Nos pasamos un rato tratando de alisar sobre la alfombra las hojas de papel.

En Edimburgo es de una importancia vital ir bien vestido. A mí, que vengo de un lugar donde uno no tiene por qué expresarse a través de la ropa, me provoca pasmo el hecho de que en la capital de Escocia todas las mujeres van de punta en blanco, aunque se dirijan a un *pub* de aires vampíricos. Así que tengo que dejar que Aith me vista, pues vengo del instituto con tejanos y suéter de lana. Es una suerte que tengamos la misma talla.

—No te preocupes —me dice abriendo su ropero descomunal—. Encontraremos algo oscuro y suficientemente recatado para que te guste.

A las nueve salimos de su casa para encaminarnos al Red Doors que, como casi todo lo que pueda

interesarnos, está más allá de las *meadows*. Las *meadows* son una especie de parque alargado que por su falta de uniformidad y su perfil ondulado, más bien parecen un trozo de terreno ancestral que ha quedado intacto mientras la ciudad crecía a su alrededor. Aunque ya es de noche, aún hay gente que aprovecha la luz de las farolas para jugar al golf. En Edimburgo la gente juega al golf en cualquier parte. Me sujeto el precioso vestido gris oscuro que me ha prestado Aith, para que los bajos no se impregnen con la humedad de la hierba. Me siento como una princesa medieval de estilo gótico, pero me gusta. Ésa es otra de las cosas buenas de Edimburgo: por insólitamente que vayas vestido, siempre hay alguien, o más bien un buen número de gente, vestido más raro que tú.

El Red Doors está ubicado en el puente George IV, en la zona más céntrica de la parte vieja de Edimburgo y muy cerca del castillo y de la catedral. Como muchas otras cosas en Escocia, el *pub* está construido dentro de lo que había sido una hermosa iglesia picuda, cuya aguja se alza por encima de las casas de tres pisos tan características de las ciudades de la isla anglosajona. Esta iglesia en cuestión parece una pequeña catedral de piedra oscurizada, cuyas puertas rojas (de ahí el nombre del local) le dan todo el aspecto de ser una entrada al infierno.

—Buenas noches, señorita McWyatt —le dice el portero a Aith mientras nos abre la puerta—. Señorita *Mountblanch*.

El ambiente está muy caldeado dentro del *pub*, así que me quito jubilosa el abrigo para dejarlo en

un pequeño altar lateral de la iglesia, reconvertido en guardarropa. El grupo de Keir ya está en el escenario, así que tras pedir unas bebidas en la barra nos instalamos en una mesa de taburetes altos, dispuestas a escuchar las canciones que hemos oído montones de veces con la misma ilusión de siempre. Nos gusta la música gótica del grupo, los Lost Fionns. Es un nombre difícil de traducir, porque en la mitología escocesa los «Fionns» eran entes masculinos muy guapos y caballerescos que embaucaban a las doncellas y se las llevaban a sus castillos mágicos. Lo de «Lost» hace que la traducción sea algo así como los príncipes encantadores malditos. Muy revelador.

Mientras a mi lado Aith tararea la melodía, yo soy incapaz de apartar la mirada de su primo Keir. ‘Oscuro’ es el significado de su nombre en contraste con el de su prima, pero se parecen mucho y también él parece un ángel. Es guapo y simpático, perfecto. En cuanto el grupo acaba su actuación, Keir se dirige hacia nosotras mientras la gente lo felicita y lo saluda al pasar por su lado. Le aplaudimos entusiasmadas cuando llega a nuestra mesa y él esboza una de sus sonrisas arrebatadoras. Tiene el pelo rubio cobrizo húmedo de sudor, desgreñado. En este momento me recuerda horrores a un guerrero vikingo tras la plenitud de la batalla. Al fin y al cabo, ellos tampoco son escoceses originales, sino que sin duda descienden de los invasores escandinavos.

—Qué bien que hayas venido —me dice Keir tras saludar a su prima—. Espero que Aith no haya tenido que arrastrarte mientras tú pataleabas.

Yo, por supuesto, me pongo roja aunque, gracias a la oscuridad del local, no puede notarse mucho. Me limito a sonreír; se me da muy mal alzar la voz, puesto que no acostumbro a hacerlo nunca, y cuando grito para hacerme oír suelo sonar brusca.

—Me han dicho que a partir de mañana mantendrás abierta la biblioteca del instituto después de las clases —dice Keir acercándose para que podamos escucharnos.

—Sí, hasta las ocho —le digo casi al oído.

—Vaya, eres valiente —me dice inesperadamente.

—¿Por...? —aventuro.

—No me digas que nadie te ha explicado la historia del fantasma *dunedino*.

En Escocia abundan los fantasmas, incluso más que en Londres y su torre sangrienta. Muchos escoceses creen en su existencia, y parapsicólogos y pseudocientíficos de todo el mundo se acercan hasta el Stirling Castle, las catacumbas de la ciudad de Edimburgo, el castillo o el cementerio de Greyfriars, para realizar psicofonías y análisis diversos. Yo, como soy agnóstica y esencialmente una persona de ciencias, no creo en la existencia de fantasmas. Si me lo demuestran, genial, existirán, pero nadie me lo ha demostrado todavía.

—Aún hay otro fantasma en el castillo —dice Aithne con la sonrisa más maliciosa de la que es capaz—. A mí me explicaron que a veces en el lago del jardín de atrás se ve a una doncella de blanco. Que se ahogó en el siglo XVIII.

Keir mira al suelo, y parece angustiado. Sin embargo, enseguida se repone y sonríe, así que su-

pongo que me lo he imaginado. Apoya los brazos sobre la mesa y me mira.

—Ya sabes que el castillo del Royal Dunedin fue construido en el siglo XV —dice. Keir también había ido a nuestro instituto, con Brian, el novio de Aithne, y ahora estudia Historia en la Universidad de Edimburgo—. Pues en ese mismo lugar, bastante tiempo antes, cuando allí sólo había un torreón, hubo una batalla entre los antecesores escotos de William Wallace, Braveheart, y los seguidores del rey de Inglaterra. Muchos guerreros murieron y no fueron enterrados correctamente según sus costumbres —su expresión se vuelve enigmática—. Uno de ellos no pudo traspasar la barrera al otro mundo y quedó atrapado aquí, viviendo en el antiguo torreón y luego en el castillo que construyeron encima. Desde entonces lo han visto u oído a veces, un chico que vagabundea por los pasillos y que cambia libros de sitio en la biblioteca.

—Bueno —le digo alzando las cejas—. Mientras no moleste a los demás usuarios y se olvide de mezclar los libros después de consultarlos, por mí, que se pasee cuanto quiera.

—Qué descreída eres, Lia —me dice Keir negando con la cabeza.

—Pero vamos... Es que es una teoría que no se sostiene. ¿Por qué algunos muertos se mueren del todo y otros no? —insisto.

Keir sonríe con picardía.

—Pregúntaselo a tu fantasma de la biblioteca —me aconseja.

Le río la gracia; si pretende amedrentarme lo lle-

va claro. Qué valiente, y qué ingenua, me siento en mi escepticismo; quizás demasiado.

Nos quedamos aún otras dos horas con Keir y su grupo, charlando y bebiendo. Todos bromean conmigo porque bebo Coca-Cola estando en el lugar donde se hace una de las mejores cervezas del mundo, pero no me gusta el alcohol. Y ya soy mayor para dejarme arrastrar a tontas borracheras de aquéllas por las que después deseas que se te trague la tierra. Son más de las doce cuando regresamos a casa a través de los *meadows*. Keir nos acompaña, puesto que Aith vive en su casa, y se ofrece a acompañarme a la mansión del director McEnzie. Como he dicho, hay gente muy rara en Edimburgo y es parte de su encanto, pero sólo si no tienes que cruzarte con ella a solas y de noche. Si no fuera tan tarde y no hubiese visto a ese tipo tan extraño en el Bruntsfield Park, vestido como si hubiese salido de la Segunda Guerra Mundial, habría rechazado la oferta.

Andamos la mayor parte del camino en silencio. Después de un año Keir me conoce lo suficiente como para saber que, si quiere que hablemos, tendrá que iniciar él la conversación. Me pregunta qué tal me van las clases, qué me parece tal o cual profesor, y qué añoro más de mi país. Mientras tanto yo admiro íntimamente su facilidad de palabra. Para cuando llegamos a la verja de la casa de los McEnzie, discutimos sobre si es mejor el calor o el frío.

—En el fondo prefiero el frío —digo mientras llamo al timbre y espero a que el guarda me reconozca por la cámara del intercomunicador.

Keir se echa a reír; él sólo lleva una cazadora ligera de cuero encima del fino suéter azul.

—Cualquiera lo diría, Lia.

—Buenas noches, señorita Montblanc —dice de pronto el guarda a través del intercomunicador.

Malcom se ha preocupado de que todos en su casa pronuncien bien mi apellido.

—Buenas noches —respondo mientras abro la verja desbloqueada—. Buenas noches, Keir, gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer, Liadan. Ya nos veremos —dice antes de dedicarme una última sonrisa y marcharse por donde ha venido.

Me pongo roja mientras cruzo el jardín y me dirijo rápidamente a la puerta de la casa. No le doy vueltas al asunto. Es tarde, y no me gusta trasnochchar cuando tengo que madrugar; mi cuerpo no puede seguir el ritmo obsesivo de mi mente y me desespero.

Tal como había supuesto, tanto Aithne como yo nos pasamos bostezando toda la mañana. Pero no nos arrepentimos, ha sido una noche divertida. Aith se pasa la hora de lengua inglesa tratando de convencerme de que su primo está interesado en mí, y yo contraataco durante la clase de matemáticas con los muchos motivos por los que es poco probable que suceda semejante cosa. Aithne deja de

insistir cuando el número de mis argumentos en contra de su teoría llega a la veintena. En historia no nos queda más remedio que prestar atención, pues el profesor nos está indicando las pautas para hacer un trabajo de investigación que podría representar el 50 % de la nota final de la asignatura. A mí me gusta mucho hacer trabajos, más que presentarme a los exámenes.

—¿Harás el trabajo conmigo, verdad? —me susurra Aithne.

—Claro —le respondo casi indignada por la duda, y agradecida porque piense en mí.

—Bien, teniendo a una amiga en la organización internacional de personas con alto coeficiente intelectual tengo que aprovecharme —dice con una gran sonrisa.

Desvío la vista a la mesa en un acto reflejo. Las cosas que me hacen destacar me provocan una honda vergüenza. Y aunque aquí ser superdotada no está mal visto ni cargado de tópicos, igualmente me abochorna que la gente sepa que tengo un coeficiente intelectual bastante por encima de la media. Muchos asienten afablemente cuando se enteran, como si hubiesen descubierto el quid de la cuestión sobre mi curiosa forma de ser.

Las dos horas de la tarde, doble sesión de literatura, se me pasan relativamente rápido. Me gusta muchísimo leer, así que es una de mis asignaturas preferidas, pese a ser mujer de ciencias y el profesor exigente como pocos.

Cuando suena la tenebrosa campana que simula el timbre del fin de las clases, me voy directamente a la biblioteca. Está en la primera planta y,

como el instituto había sido un castillo de gran tamaño y de organización caótica, tengo que dar bastantes vueltas para llegar a ella.

Bajo las escaleras de caracol de la torre este, pese a que el conserje nos anima con vehemencia a usar las amplias escaleras principales para evitar disgustos en los viejos y abruptos escalones retorcidos. Siempre nos recuerda el caso de la chica que hace medio siglo tropezó en una de las empinadas escaleras de caracol y se rompió el cuello. Imposible saber si es cierto o no.

El amplio pasillo de la biblioteca está desierto, por supuesto. Utilizo la enorme llave de hierro que me ha entregado Malcom para abrir la gruesa puerta de madera envejecida, y aspiro feliz el olor a libro antiguo. La biblioteca ocupa casi toda la mitad del ala oeste de la primera planta del castillo. La primera sala es grande, con un amplio espacio vacío lleno de mesas y varias hileras de estanterías que dejan los pasillos en penumbra. Algunos de estos pasillos llevan a tres salas más pequeñas y alargadas, que a su vez se extinguen en sendos cubículos de trabajo individual o despachitos llenos de archivos. La biblioteca del Royal Dunedin contiene un gran número de legajos y archivos de la época de la guerra por la independencia de Escocia y transcripciones de manuscritos anteriores, y muchas veces se acercan hasta aquí por las mañanas doctores, escritores, historiadores y *tesistas* que buscan información para sus obras. Pero, por lo general, por la tarde está vacía; a los estudiantes no les parece muy entretenida. A mí sin embargo me encanta. Malcom suspiró con alivio tras mi acep-

tación de su propuesta; él más que nadie está al tanto de cuánto me complace pasar horas rodeada de libros y lo mucho que me gusta la biblioteca del instituto. Además el pobre hombre se asegura así de que no hago cosas amorales hasta que llega la hora en que nos reunimos para cenar, y se asegura de que me voy a dormir a mi estudio. Pobre hombre, no sé cómo demostrarle que no soy una adolescente descarriada.

Como la tarde anterior ya me había familiarizado con la base de datos (para ser una biblioteca datada en el siglo XVI, su sistema informático es de primera), me paseo entre las estanterías hasta que decido sentarme plácidamente a la mesa del bibliotecario. No soy una chica miedosa, así que no me causa ningún tipo de recelo el hecho de leer un libro sobre incubos en esta gran biblioteca desierta. Me encantan las historias de vampiros, y me ha alegrado encontrar aquí una antología de cuentos sobre estos seres que en España publicó la editorial Siruela. Son historias antiguas, de las que de verdad dan miedo, así que supongo que llega un momento en que el ambiente tétrico del libro me afecta. Siento un profundo escalofrío y levanto la mirada con la sensación de no estar sola.

—¡Qué tonta! —me recrimino sonriendo a la biblioteca vacía.

Por supuesto, aquí no hay nadie y tan sólo he dejado que mi imaginación me juegue una mala pasada. Lo hace a veces, sobre todo cuando leo, veo o

escucho historias de terror; es lo malo de tener mucha imaginación. Miro el reloj. Son las ocho menos cuarto, así que decido que es el momento de dejar el libro, la biblioteca y las ensoñaciones tenebrosas. Me obligo a dar una vuelta por la biblioteca pese a que no hay nadie. Tengo que asimilar esa costumbre, o algún día me olvidaré a alguien aquí dentro y mi pobre víctima tendrá que pasar toda la noche sola y a oscuras, si no lleva un teléfono móvil para pedir auxilio.

Tomo el pasillo de la izquierda y llego hasta el despacho del fondo, donde se atestan los cubículos de trabajo individual, y luego vuelvo a la sala principal para tomar el camino del centro. Frunzo el ceño al oír un ruido. Me apresuro a través del pasillo de la derecha, olvidándome del central, para traspasar la acogedora sala de lectura hasta el despacho de los archivos del castillo. Me quedo petrificada en la puerta. Hay un chico aquí. No es tanto el hecho de encontrar a alguien cuando no lo esperaba, sino su aspecto lo que me aturde. Es el chico más guapo que he visto en mi vida, y eso que no le veo todo el rostro.

Tiene la piel pálida, como casi todos los escoceces, y los rasgos finos pese a que parece alto. Los cabellos lisos, peinados hacia un lado de la frente, son la fiel definición de la palabra pelirrojo. A mí me llaman pelirroja, pero yo tengo los cabellos de un naranja pálido, con mechuras rubias. Los de este chico son pelirrojos de verdad, de un tono naranja muy oscuro, intenso y mate. Precioso. El suéter negro hace resaltar todavía más ese curioso color ámbar intenso y casi negro de su pelo. El tipo está en-

frascado en la lectura de uno de los libros más viejos del archivo, con los codos apoyados sobre la mesa. Parece que no me ha oído llegar, pese a que no he sido particularmente silenciosa.

—Perdona —le digo.

Mi voz vacila y me pongo roja, cómo no.

No se entera. Lo entiendo, yo también me abstraigo con la lectura. Me acerco y apoyo las manos al otro lado de la mesa, con cuidado, para no sobresaltarle.

—Perdona —repito en voz más alta—. Es hora de cerrar.

Tarda unos segundos en levantar la vista del libro para quedarse mirándome fijamente. Y yo tan sólo puedo devolverle la mirada a esos ojos increíbles. Supongo que son verdes, pero son tan claros que parecen casi transparentes. Ahora ya puedo decirlo con certeza, es el chico más guapo que he visto en toda mi vida, por corta que sea. Y sigue mirándome en silencio, con una expresión que no sé descifrar. Entorna los ojos.

—¿Me hablas a mí? —dice con algo que parece asombro.

Su voz es grave, incluso algo cavernosa, pero hermosa. Tiene el atractivo aspecto de un guerrero celta de los que dicen que temió toda Europa (últimamente todos los chicos interesantes son para mí como personajes premedievales), y está claro que lo he pillado desprevenido. Siento haberle molestado.

—No pretendía asustarte, perdona —le digo—. Pero es hora de cerrar.

Aún me mira unos segundos más como si todavía tuviese que aterrizar en la tierra, mientras las

luces del techo vacilan. Tampoco parece notar que aquí hace un frío espantoso, pero yo tiemblo.

—Eh..., bien —dice aturdido—. Entonces me voy.

Casi parece una pregunta. Tenía que estar muy concentrado, el pobre.

—Puedes volver mañana, si quieres —le digo—. No te he visto entrar porque estaba leyendo pero me acordaré de que igual estás por aquí, para no encerrarte dentro.

Sonrío, tratando de aligerarle el *shock*.

—Gracias, vendré —murmura—. Quizás nos veamos mañana también.

Deja el legajo en la estantería, en su lugar correcto sin vacilar pese al lío reinante, y tras dedicarme una última mirada se va. Lo veo dirigirse hacia la pared antes de darse cuenta de lo que está haciendo y salir por la puerta.

—Eso es lo bueno de vivir en Edimburgo —murmuro para mí misma mientras lo veo sumirse en las sombras del pasillo—. Está claro que no soy lo más raro que hay por aquí.